

la postre, cediendo a los desalientos de un dómine y a la vocación manifiesta del huérfano, le iniciaron en el aprendizaje artístico. Pero no podían aquellos pobres cerrajeros forjar llaves bastantes con que franquear totalmente al sobrino las puertas de su ideal. El muchacho tuvo que dedicarse a vender pinturitas para comer.

Cierto día, empero, un mercader de tienda mixta le compró una, por veinticinco pesetas. A poco, un aficionado pasó por el comercio, vió la obrilla, la adquirió, se interesó por el artista. ¡Mecenas habemus!—gritaron arriba los dioses. Y en efecto, don Antonio García, que era fotógrafo en Valencia y comprador avisado, conoció en seguida el talento que se topaba, y, substituyéndose a los tíos de Sorolla, le tomó bajo su protección, le sostuvo hasta que Sorolla pudo abrirse paso y, a la postre, le dió en matrimonio a su hija, "como Pacheco hiciera con Velázquez y éste con Del Mazo."

¿Suerte, diréis? No sé. Quizás es cierto que los dioses protegen a los que traen sus recados a la tierra. Mas no se crea que la vida de Sorolla—que no he de seguirla puntualizando, porque más nos interesa su obra—corrió toda ella tan llana, tan favorecida. ¿Cuándo no tiene que luchar un artista? Y éste bregó doblemente, llevado de su ambición: fué un gran conquistador de lauros, de públicos, de mercados. Al contrario de muchos nobles artistas españoles, que se encastillan en su feudo y sólo el azar los descubre, Sorolla—temperamento positivo y poco romántico—comprendió la conveniencia material e ideal del foro, de la europeización. Llevó sus lienzos a casi todos los grandes certámenes de Europa y de América. Como si presintiera su invalidez prematura, pintó febrilmente, a veces festinadamente, logrando así reunir, a la edad en que otros grandes aún "comen de la vaca rabiosa", una fortuna que le permitió instalarse en la vida con exquisita opulencia.

Sin duda fué en parte este sentido de adaptación el que determinó los falsos comienzos de la obra de Sorolla. Cediendo a las exigencias ambientales, toda su obra primeriza, hasta 1894, está hecha de concesiones al gusto ajeno, en pugna con su verdadera vocación personal. Durante diez años, él, que no era por temperamento un ecléctico, sino un insistente, vaciló entre la pintura his-